

seres humanos y provocaba la miseria y el dolor. Entre las trampas que nos tienden los placeres de la suntuosidad Epicuro intuía la desorganización social, el engaño y la rueda de la injusticia, considera Lledó.

La decidida defensa del placer en muchos fragmentos epicúreos es consecuencia de ese revolucionario descubrimiento del cuerpo y de su bien. El placer y el dolor nos avisan continuamente de lo que nos conviene, grandes mensajeros que la naturaleza puso en nuestra vida; pero esa vida placentera, llena de sensatez e inteligencia «se enlazaba con la amistad convocándonos a todos para que despertemos en la felicidad» (G. V., 52).

La manipulación que la historia hizo de esa teoría del placer y del cuerpo fue una manera de desacreditar lo que había de revolucionario en el reconocimiento de la «sensación» como criterio esencial de la vida. Sensación que como principio de energía creadora llenaba nuestra mente de memoria e inteligencia conectándonos con el mundo y enriqueciendo nuestra experiencia de él. Este mundo lleno de átomos (Demócrito) construía lo visible: ese inacabable universo de lo que experimentamos y sentimos; un universo de posibilidad en el corazón mismo de la realidad.

Este espacio de átomos relativamente libres se manifestó en la ética de Epicuro con expresiones contra la hipocresía de los escandalizados dueños del poder político e ideológico, dueños también del gozo y el placer que sin embargo predicaban la dura e inamovible resignación y la tristeza para los pobres hijos del abandono social. Había que combatir el temor al dolor y la muerte ayudándose de la inteligencia y la serenidad frente a los que nos quitaban la alegría de vivir. Alegría como fuente de creatividad y de progreso.

La lectura de Epicuro nos devuelve el optimismo que brota de una inteligente mirada sobre la oculta felicidad. La *eudaimonía*, la felicidad, no consistirá en *tener más*, sino en *ser más*. Para ello Epicuro nos descubrió el gran ausente de esa reflexión sobre la vida feliz: el cuerpo, la verdadera vida de los latidos y la carne, de la serenidad y la amistad.

Cuando en nuestro tiempo la sociedad de consumo acaba por consumir el tiempo y los deseos y contribuye a la estupidización colectiva, Epicuro nos ofrece un inteligente consejo: «De los deseos, unos son naturales y necesarios, otros naturales pero no necesarios y otros, al fin, ni naturales ni necesarios, sino que provienen de opiniones sin sentido».

*Fidelidad a Grecia* nos pone en rumbo de lo que Lledó estima esencial y propio para la búsqueda de un equilibrio, una armonía, con los deseos de nuestra compleja corporeidad. Según tal teoría de la elemental felicidad, la serenidad y el bien que concede la buena consciencia de la paz consigo mismo y la generosidad y la solidaridad con los otros. No es fácil la construcción de este armónico edificio de la existencia individual. En el mundo de los fanatismos, las conscientes o inconscientes mentiras, puede sonar ridícula y melancólica la palabra felicidad. A pesar de todo, podríamos, dice Lledó, ser felices. La vida, el ser, el arte, la naturaleza, la amistad y el amor, los pequeños gozos cotidianos... constituyen hermosos rincones donde levantar el bienestar, el *bienser*.

El libro de Lledó nos invita a sumergirnos en sus diversos apartados o secciones: Lo bello es difícil, Fusión de luces, Pruebas de imprenta y Crónicas impacientes. Como dice en el prólogo Mauricio Jalón, las claras palabras de Emilio Lledó indican lo que mueve y conmueve nuestro cuerpo-alma. – JOSÉ MARÍA PUIG DE LA BELLACASA

IBÁÑEZ-MARTÍN, J. A., (ed.), *Reflexiones filosóficas sobre la actividad educativa*. Revista Española de Pedagogía, Logroño, 2016, 77 págs.

El presente libro es el primero de la colección de libros electrónicos editados por la *Revista Española de Pedagogía*, en los que se recogen un número variable de artículos publicados en la Revista sobre temas tratados en sus páginas en los últimos años.

En el primero de los cinco artículos que componen el libro, el profesor David Carr, de las Universidades de Birmingham y Edimburgo, trata el concepto de educación

y seis diferentes concepciones educativas. Para este autor esta cuestión conceptual básica sigue siendo la principal fuente de confusiones profundas y persistentes en la investigación teórica y en la política educativa contemporánea. El autor examina los aspectos clave y posteriormente desarrolla una hipótesis acerca de la naturaleza del debate actual sobre estos temas, y finalmente recoge las fuentes de este debate.

En el segundo artículo, del profesor José Manuel Touriñán López, de la Universidad de Santiago de Compostela, el autor aborda el concepto de función pedagógica, su identidad, diversidad, especificidad y complementariedad. Lo específico de la función pedagógica para este autor es construir hechos y decisiones pedagógicas. Educar no solo implica saber y enseñar, sino también dominar el carácter y sentido propios del significado «educación» aplicándolo a cada área de experiencia cultural con la que educamos. La mirada pedagógica nos permite distinguir entre saber Historia, enseñar Historia, y educar con la Historia. Aplicando así a cada área de experiencia cultural, los principios de educación y de intervención pedagógica.

El tercer artículo, del profesor José Antonio Ibáñez-Martín, de la Universidad Internacional de La Rioja, el autor dice que enseñar debe tener como objeto no buscar la respuesta correcta sino alcanzar el razonamiento verdadero, suscitando el deseo de saber y no quedándose en lo útil o en la opinión más común. Para ello señala tres cuestiones a abordar: la primera es descubrir la importancia que el deseo tiene en la vida humana, no circunscrita a la sexualidad; la segunda consiste en analizar las características de la crisis ideológica, no solo económica, que dificulta promover una verdadera sabiduría; la tercera cuestión consiste en la importancia de promover en el profesorado las disposiciones intelectuales que faciliten una auténtica educación integral orientada a la sabiduría, alentando al amor a la verdad que no es insana pasión sino lo que hace felices y capaces de conquistar libremente un futuro con sentido.

El cuarto artículo, de Kevin Ryan, de la Universidad de Boston, defiende que los

recientes resultados negativos sobre la eficacia de los siete programas de educación del carácter más importantes en Estados Unidos se deben a tres causas endémicas: una es la noción estrecha y positivista de lo que constituye el carácter humano; otra segunda causa es que las iniciativas para la educación del carácter de los niños se insertan en una concepción empírica de la educación, y aislada de las grandes cuestiones filosóficas y teológicas que la rodean; en tercer lugar se cuestiona la sensatez y la legitimidad de la política estadounidense y en otros lugares del mundo de poner la educación de los jóvenes en manos del estado.

Finalmente el artículo que cierra la serie de cinco, del profesor Juan García Gutiérrez, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, indica que la educación en situaciones de emergencia constituye un espacio privilegiado desde el que realizar una pedagogía de la solidaridad. Su trabajo analiza la actualidad y la naturaleza pedagógica de la intervención educativa en situaciones de emergencia desde su compromiso con el derecho a la educación y la dignidad humana.

Mi comentario personal a este tema es que todo intento filosófico acerca de la actividad educativa tiene como fundamento la cuestión ontológica del ser humano como educador o como sujeto de la educación recibida. Rebajar al ser humano sería rebajar su educación. Por estas razones veo esencial que la dignidad humana de educadores y educandos sea realmente apreciada, defendida y valorada. En la educación cristiana esta dignidad viene caracterizada por el hecho de que el hombre, el ser humano, es imagen y semejanza del Creador. – MARIANO RUIZ ESPEJO

MARTÍNEZ CONTRERAS, F. J., *Espesuras. Esbozos de ética en tiempos de transición*, Maia Ediciones, Madrid, 2019, 303 págs.

El proyecto de la Modernidad —emancipador, ilustrado, secular, universalista— inaugurado a finales del siglo XVIII mostró su fracaso más dramático y evidente durante la primera mitad del siglo XX, con la doble conflagración mundial, el crack del 29 y